

Reflexiones: Mi Rincón de Cuarentena...

Alberto Oriza
Abril 28 de 2020



Con todo este cambio en la ajetreada vida cotidiana, el refugio dentro del refugio se ha vuelto una de las nuevas adquisiciones en todos nuestros hogares.

Acostumbrados a la proeza

cotidiana de la búsqueda del sustento, la preparación para una vida futura o bien la mera contribución al cumplimiento de las ofrendas para la subsistencia, nuestro universo se ha reducido a espacios confinados delimitados por muros y prohibiendo el contacto con otros seres en las mismas condiciones, estamos purgando nuestra sentencia social extendida.

Cambiamos el paso firme para empujar al prójimo, el olor de humanidad en el transporte público, el ruido interminable en busca de lo que sucede en la esquina del alboroto, o bien el ejercicio de aislar nuestro universo en medio de la multitud, al atronador ruido de nuestro propio pensamiento. Cuanto de nuestros seres queridos habíamos obviado y ahora descubrimos, ese gesto olvidado en lo cotidiano de una amenaza de sonrisa, ese silencio que enfatiza un posible disgusto acallado, los ojos agudos y juguetones de un hijo pensando en la potencial travesura que está conteniendo.

Cuantos pequeños secretos vamos encontrando en las paredes de nuestra celda, que nos da la libertad de no estar en tránsito libre. Entre paredes y con el gran beneficio de un porche descubierto y vegetal, vago entre las paredes testigo

de cómo unos niños de brazos, se tornan en hombres, como una pareja a fuerza de uso, ve el despostillar de un suelo antes prístino, ahora con huecos logrados ante el impacto de los pasos familiares, que podrían hablar de alegrías, costumbres, sueños, enojos y hasta lágrimas.

La casa familiar es otro miembro no definido de la organización mínima de la sociedad, es el crisol, donde nuestros pasos cotidianos se concretan en las esperanzas, siempre, de un mañana mejor. Estas



paredes de décadas, que nos han guarecido de tormentas, que han sido los crueles culpables de una lesión al caer en una arista y regado con sangre de un chiquillo a la carrera, sigue aquí firme, cuidándonos de una tempestad de un tipo nuevo en nuestra conciencia, pero que siempre ha estado ahí. Los aparatos electrónicos como droga para vencer el tedio, suenan quedos en todos lados, los pasos acompasados y sin prisa por llegar, suenan en el hogar familiar, cuando de el quicio de una puerta deambulan a la aventura posible de llegar al siguiente cuarto.

Con una rutina escalonada, donde el ajetreo por estar alistados para la llegada a tiempo a las escuelas, trabajo, juntas ha dejado de ser el ritmo, se ve a cada uno levantarse, iniciar una rutina bajo nuevos horarios biológicos que no se cuestionan, sino que lentamente se acoplan y generan un nuevo rompecabezas de uso de las habitaciones y zonas de este nuevo país, que ayer apenas era una construcción donde cohabitábamos y hoy es todo nuestro mundo. Entre todos los rincones, donde vamos encontrando vestigios arqueológicos olvidados de los primeros pasos, de la reunión familiar, del primer trabajo de un niño, de mil

vivencias y ahora recuerdos, que tenemos el privilegio de poder ver, saborear y poder revivir en nuestros corazones; cada uno va localizando su pequeño cubil, su espacio único que le brinda la comodidad y el aislamiento necesario para la introspección.

Yo encontré en la sala, casi en la puerta de acceso mi pequeño claustro al paso de la familia, donde en estos momentos mis manos bailan sobre el teclado, con la computadora en mis piernas, sintiendo no el tic tac del tiempo, sino una alegría muy secreta de la felicidad de ver a mi familia aquí, sana, tal vez aburrida y desesperada, pero todos ansiosos de la nueva novedad fortuita, para reír y, en mi caso gozar por sentirme bendecido. Aquí en este rincón, que años hacia no usaba, o bien no recuerdo lo ocupara antes, soy testigo del ir venir de dos generaciones, atrapadas por una amenaza de menos de la milésima parte de un milímetro, que ha detenido la vida de billones de personas en este desgastado planeta. Aquí veo al mayor de mis hijos en el enamoramiento de la primera juventud de la mano con la novia, en los coqueteos de la edad y las risas de la inocente cadencia de enamoramiento.



Veo al adolescente deportista atrapado por las incursiones urbanas en su preparado equipo de combate virtual, que une en un mundo virtual, conectado por electrones viajeros a otros muchachos y chicas

atados a un sillón, en busca de destruir a sus enemigos, que también en el hastío de la inmovilidad sacian su necesidad de correr en un mortal combate del que

pueden salir riendo o rabiando para iniciar otro intento. No cabe duda que son niños, jugando a los vaqueros como en mi infancia, donde te podía matar el indio y estar listo para la siguiente batalla sin daño alguno. Aquí ante la vista de un pequeño porche que se escurre en el ventanal, siento el viento tranquilo, incluso los ruidos más sencillos llegan atronadores a mis oídos al desaparecer los sonidos de la ciudad el alboroto de unos pájaros llegando con el alimento al nido residencia natural en mi vecindad.

El ladrido de un perro que reacciona ante el desafiante gato que presuntuoso pasa por su dominio, sabiendo que la barda evita sea atacado. Este ritmo, me ha dejado descubrir la relación social de las mascotas de la zona, identificando a las bandas de caninos que son inmunes a nuestras paranoias. He descubierto al galán que defiende mi anciana perrita de las hembras de la redonda, de las bandas de amigos caninos que se corretean en amistosas trifulcas. He descubierto que mi gato es temido por los pájaros que usan de condominio los arboles colindantes a la casa, por ser el mayor depredador de sus nidos, haciendo de mi soporífero amigo, el terror de la región, algo así como el bandolero de la región, que con toda su elegancia se pasea al pie de los arboles sabiendo el miedo y enojo que genera, pero que confiado sabe domina la sombra de esos gigantes caseros.

En medio de la amplia dinámica de lo cotidiano, encuentro en el ruido perdido de una televisión, el ansia del evento del día, la prometida batalla generacional, donde mi hijo de 14 años abusa de su juventud, ante mis cinco



décadas de uso, ante una canasta de baloncesto, donde se ufana de su habilidad y humilla los ancestrales orgullos de mi capacidad deportiva.

Convirtiéndome en alumno de nuevo; escucho y soy atento alumno de los trucos y estrategias para pasar el balón por debajo de las piernas, como trazar una trayectoria que deje mi brazo descubierto o como optimizar el efecto al lance de media distancia, cosas que son consejos sanos de un jugador a otro, en el que el maestro no considera, que todo mi esfuerzo es por seguir respirando mientras trato de seguirle el paso. Nunca pensé que disfrutaría tal humillación, y ansiaría tanto la siguiente refriega que me espera.



El viejo tablero olvidado de ajedrez ha venido a ocupar un papel protagónico, siendo el mejor marcador de que la infancia donde tenía que retrasar la jugada o de plano preparar el jaque

mate que me haría mi pequeño vástago, a una nueva euforia, donde debo usar toda mi habilidad para evitar ser humillado en partidas llenas de mañas familiares para hacerme caer en error. Como ese pequeño que bailaba de gusto cuando lograba comerme un peón, ahora se ha vuelto el *Gengis Khan* del tablero, que con bestial ataque me hace replegar y buscar una imaginaria muralla que me dé un respiro. Quien pensaría que estas apabulladas me llenarían de tanto orgullo al descubrir una infancia ya perdida y una promesa de hombría tan latente.

Entre el mensaje de posibles negocios a realizar, se mezcla el reclamo por las pilas de un control remoto que no funciona, la compleja decisión de que habrá

de comer, una sola comida familiar y lo demás es improvisación individual, la pelea por la caminata a la cuadra que resulta compleja por el horario, la posición del sol, la indumentaria o simplemente por el esfuerzo de despegar el sillón de las espaldas, me dejo fluir en una nueva dinámica de vida, que perdurara algunas semanas más.

He descubierto en este reclusorio más de lo que en lo cotidiano testifico, he encontrado un nuevo significado a la palabra Esperanza, la cual tiene hoy el rostro de tres hombres jóvenes, que con limitaciones autoimpuestas, que con miedos propios de la falta de experiencia y con sus correspondientes inconformidades a los convencionalismos vislumbran hombres de bien, que harán de este mundo un lugar mejor, por el simple hecho de ver en ellos que han tomado lo poco bueno que pude inculcarles y lo han convertido en algo maravilloso y con un potencial infinito que nunca tuve yo mismo.

Un mundo lleno de pequeñas naciones en un archipiélago de islas que tienen que bogar con todas las precauciones para comerciar los alimentos, donde solo por medios remotos y a un click podemos enterarnos de lo que pasa en ese mundo que nos cuentan existe, ya no solo el lejano oriente o los incognitos confines de otros continentes, ahora esta tan lejos el Everest de lo que sucede en Mérida, Querétaro o hasta la colonia de al lado.

Un nuevo mundo feudal que con lento paso del tiempo va encontrando las maneras de modificar nuestros hábitos y quitarles la prisa a nuestras acciones.

Aquí, en mi pequeña oficina improvisada, interrumpido de cotidiano por el paso de la familia, siendo continuamente atacado por el delicado paso del gato del vecino, por el ruido



inesperado de oír que alguien entra a la regadera, testificando el más obtuso desfile de modas, que van desde el pijama de tres días, hasta la ropa de juntas formales, veo una nueva dinámica que me agrada. Será la señora casualidad, el sonido de una cuerda dimensional, o la mano de Dios, pero hoy en este momento, doy gracias al Creador por las bendiciones que me rodean.

Cancún, Quintana Roo